

RESEÑAS

MANUEL ORTUÑO MARTÍNEZ, *Xavier Mina. Fronteras de libertad*, prólogo de Fernando Serrano Migallón, México, Porrúa, 2003, 373 pp. ISBN 9700736369

Hay libros de historiografía que, además de desarrollar, con el rigor y la complejidad necesarias, una tesis acerca de determinado autor o episodio, invitan, por su capacidad de sugerencia, a leer entre líneas y en los márgenes. En torno a una tesis principal, despliegan abundantes y diversas cuestiones que, si bien habrán de ser desarrolladas en otros trabajos, encuentran ya algún engarce en dicha tesis. En mi opinión, *Xavier Mina. Fronteras de libertad* es uno de estos libros. Fruto de una paciente y cuidada investigación que ya había arrojado su primer fruto sobresaliente en el volumen *Xavier Mina. Guerrillero, liberal, insurgente* (Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2002), recupera para empezar los perfiles e itinerarios, escasamente precisados por la historiografía tradicional, de una personalidad notoria en las primeras horas del liberalismo hispánico, si es que no de la épica liberal más allá de distingos nacionales. La corta, pero intensa biografía de Xavier Mina, nacido en el emblemático año de

1789, transcurre en pleno dolor de parto de aquellas ideas, tan caras para la modernidad occidental, que la revolución francesa apenas terminaba de dar a luz, amenazando la estabilidad de una monarquía española cada vez más presionada por las reivindicaciones de las provincias americanas y cuyo colapso, a la vista de los intereses napoleónicos en la península Ibérica, será inminente.

Mina vivió los años del liberalismo revolucionario, del que se nutrió intelectualmente y al que se entregó en cuerpo y alma; toda su vida estuvo marcada por una beligerancia razonada y por el compromiso con una época particularmente convulsa, en la que se jugaban los destinos de España y de América, algo que el lector puede ya adivinar en las primeras páginas, en las que se recrea la noche de tormenta en la que Mina fue a nacer, un primero de julio, en un pequeño pueblo de Navarra: bajo el signo de la tormenta transcurrirá, de hecho, su trayectoria vital. Primero como soldado de la independencia haciendo frente a la invasión napoleónica, encarcelado durante años y felizmente liberado; después como rebelde liberal que habrá de pagar con el exilio en Londres su inequívoca oposición a la reacción absolutista de Fernando VII; finalmente, como guerrillero al servicio de la insurgencia mexicana, hasta su fusilamiento a manos de las tropas del virrey Apodaca en las cercanías de Guanajuato, el 11 de noviembre de 1817; a lo largo, todo ello, de un seguimiento riguroso y crítico de las fuentes documentales existentes, oportunamente contextualizado en todo momento.

Los tres primeros capítulos abordan así lo que sería la primera etapa en los itinerarios de Mina, marcados por su involucración en los proyectos liberales que se desahogan al hilo de las guerras de independencia en España. Algunos precedentes de este compromiso se palpan ya durante su época de estudiante en Pamplona, en donde cursó estudios básicos, entre los once y los diecisiete años, y se distinguió por su carisma y su capacidad de aunar y movilizar voluntades. En unas tertulias que solía frecuentar en esta ciudad

conoció a Carlos de Aréizaga, un experimentado soldado que le instruyó sobre política internacional y con quien se reencontró posteriormente, en plena actividad guerrillera, tras su paso por la Universidad de Zaragoza en 1807-1808. Allí, en medio de la obvia agitación estudiantil, había vivido los acontecimientos que precipitaron las hostilidades con Francia, consumadas toda vez que José Bonaparte fuera proclamado rey. Entonces, Mina, de la mano de Aréizaga se experimentó a lo largo de dos años como soldado de la independencia, hasta caer en poder del enemigo se libró *in extremis* de la pena capital.

Los cuatro años que Mina pasó en prisión (1809-1813), casi todos ellos en el castillo de Vincennes, en las inmediaciones de París, constituyen uno de los episodios más singulares y acaso decisivos de su biografía, gracias a la compañía del ilustre general Víctor Fanneau de Lahorie, padrino de Víctor Hugo y revolucionario enemigo de Napoleón que había sido capturado en 1810. A Mina le aguardaron, entonces, innumerables miserias carcelarias, pero también fecundos aprendizajes y, en definitiva, todo un proceso de iniciación a la madurez; junto a su improvisado maestro frecuentó la biblioteca de la prisión y recibió una honda influencia moral a lo largo de numerosas y explayadas conversaciones, hasta convertirse en un hombre precozmente maduro que dejó atrás el patriotismo espontáneo e irreflexivo en favor de un liberalismo asentado en convicciones morales y políticas universalistas. Buena muestra de ello son algunas de sus cartas y sobre todo sus proclamas, escritas entre 1816-1817.

Pero el compromiso de Mina con los atormentados proyectos del primer liberalismo español no se relajó tras su liberación en 1813. El golpe de Estado perpetrado por Fernando VII en 1814 puso fin a la intensa pero fugaz experiencia constitucional de Cádiz, lo que lo llevó a la marginalidad guerrillera y a la conspiración, esta vez al lado de su tío, el célebre Francisco Espoz. Manuel Ortuño se cuida entonces haciéndose de deshacer un

lamentable equívoco que, propiciado por cierto abuso de Espoz se hizo llamar “Espoz y Mina”, había motivado algunos ninguneos del sobrino en la tradición historiográfica posterior. En el segundo capítulo se hace justicia a los méritos de Mina, quien secundó con voz propia las actividades antifernandinas de su tío, e incluso llegó a influir en sus decisiones, y ejerció un papel protagonista en el pronunciamiento liberal de Pamplona (1814), cuyo fracaso forzó, en cualquier caso, la huida de ambos a Francia. Allí prosiguieron las actividades conspiradoras bajo la protección de Luis XVIII, entre el acoso de los espías del monarca español, y sobre el trasfondo de una creciente inestabilidad política motivada por el inminente retorno de Napoleón. De cualquier manera, la presencia de Mina fue lo suficientemente significativa como para despertar la camaradería de numerosos “afrancesados”, así como de aquellos liberales prestos a apoyar los planes subversivos de Porlier en Galicia. Éstos fracasaron, pero para entonces Mina ya había emprendido el viaje rumbo a Inglaterra, en busca de nuevos recursos. En abril de 1815 llegó clandestinamente a Bilbao, se embarcó allí en una gabarra holandesa que lo conducirá a su nuevo destino.

Los doce meses que Mina paso en Londres, a los que están dedicadas las últimas páginas del capítulo tercero y la totalidad del cuarto, suponen un viraje decisivo en su biografía, en términos geopolíticos. Allí departió con disidentes españoles, algunos de ellos muy ilustres como Flórez Estrada y Blanco-White; se introdujo en los círculos *whigs* más selectos e intercambió opiniones con liberales preocupados por la cuestión española como lord Russell, lord Hamilton y, sobre todo, lord Holland; y coincidió también con significados liberales americanos y con destacados interlocutores de la insurgencia mexicana, la cual captó progresivamente su atención hasta el punto de determinar su suerte hasta el fin de sus días. Al hilo de sus conversaciones con fray Servando Teresa de Mier y con republicanos del norte como

el general Winfield Scott, asumió el liderazgo de una expedición a la Nueva España, convencido en cualquier caso de que se trataba, en el fondo, del mismo conflicto y la misma causa; de que la liberación de las colonias americanas y la caída del absolutismo en España son fines inseparables. Mina, que nunca volvió a pisar territorio peninsular, comandó la tripulación del “Caledonia”, con fray Servando a bordo, dispuesta para zarpar de Liverpool rumbo a América del Norte el 15 de mayo de 1816. Se abrió así, una segunda y definitiva etapa en los itinerarios de Mina. La lucha por las libertades en la España peninsular había dado paso, tras un año de recapitulación en Londres, a la lucha por las libertades en la América española.

Los ocho capítulos que conforman el resto del libro desarrollan con exhaustividad el periplo transatlántico de Mina, no sin una previa y rica contextualización, gracias a la cual advertimos el panorama de tensiones que, de una manera u otra, condicionan este nuevo itinerario. Así, el nuevo orden internacional surgido de la Santa Alianza y el enfrentamiento de Inglaterra con las potencias europeas; la consolidación de la nueva potencia estadounidense y su política expansionista, dirigida hacia el área hispanoamericana —se anticipa ya la “doctrina Monroe”—; y por supuesto, la rebelión de las provincias americanas y el sofocamiento de la insurgencia en Venezuela y en la Nueva España, dando paso a una estabilidad sólo aparente.

En medio de este panorama arribaba el “Caledonia” en Norfolk, tras mes y medio de tormentosa navegación, con pocos recursos y muchos vientos en contra. Ortuño recorrió entonces el sinfín de avatares que la expedición hubo de enfrentar y que rodearon a Mina. Entre otros muchos, las traiciones del embajador Onís y del ex diputado en Cádiz, Álvarez de Toledo; la incierta misión de fray Servando en México para entrevistarse con el general Guadalupe Victoria; la correspondencia con lord Holland y la redacción de una proclama; el reclutamiento de soldados y

oficiales; la búsqueda de aliados en la opinión pública y en los medios políticos estadounidenses, así como entre los “patriotas” mexicanos; el encuentro con Bolívar en Haití; la entrevista con el comodoro Aury y el coronel Ortiz de Zárate, en Galveston; la tortuosa negociación con comerciantes y corsarios en Nueva Orleans; el acoso de los espías realistas; y por fin, los planes de desembarco en la costa de México, con el fin de abrir un puente entre la insurgencia y el exterior.

Una pequeña flota compuesta por “los trescientos de Mina” desembarcó en Soto la Marina en abril de 1817, tras dos semanas de nuevas penurias marítimas. Los cinco últimos capítulos del libro recorren los pormenores de este nuevo y definitivo episodio. Se inició con la construcción de un fuerte en Soto la Marina, la redacción de nuevas proclamas y la expedición hacia el interior, en busca de las fuerzas insurgentes, hasta llegar al fuerte del Sombrero, en donde Mina se entrevistó con Pedro Moreno. Y conocemos, entre tanto, la creciente preocupación del virrey Apodaca y la negligencia de sus tropas, incapaces de hacer abortar la expedición, así como algunas facetas de la contradictoria y no siempre transparente personalidad de fray Servando. Recorre después el autor las acciones militares desplegadas en torno al fuerte del Sombrero, cuya caída será inevitable, dado el desajuste estratégico de los generales insurgentes tras el vacío de poder motivado por la muerte de Morelos y la disolución del Congreso Provisional que él había creado. Mina se enfrentó, entonces, a un panorama caótico y de guerrillas desordenadas, por el que desfilaron la ambición de unos líderes y el entendimiento con otros —tal es el caso del P. Torres y del P. San Martín, respectivamente—, la animosa desesperación de no pocos integrantes de la expedición, o la decepción ante un fallido asalto a León. Después vino la entrevista con el presidente Ayala en el fuerte de Xauxilla y la redacción de la última proclama, la más madura, en octubre de 1817. Y tras el frustrado intento de tomar Guanajuato

to, el refugio en la hacienda La Tlachiquera, la captura, propiciada por un cura de Silao, y el fusilamiento, el 11 de noviembre, previa redacción, unos pocos días antes, de una proclama final.

Por otra parte, son diversos los perfiles que Mina muestra a lo largo de este intrépido recorrido. Destaca, obviamente, el del activista; Mina fue, ante todo, un liberal armado, lo cual nos remite a la siempre espinosa cuestión de la legitimación de cierta violencia política, en concreto de aquella teóricamente encaminada hacia la emancipación o alentada por una causa justa, es decir, como respuesta a escenarios políticos inaceptables cuya renuncia, una vez agotadas todas las vías no violentas, redundaría en una violencia mayor. La de Mina es una de esas biografías que invitan a pensar la hipótesis de una respuesta afirmativa; cuando menos, muestra que ningún anhelo responsable de una paz basada en la libertad y la justicia es realizable sin beligerancia, sin una asimilación del insoslayable fenómeno de la violencia; asimilación que pasa por la discriminación moral de sus diversas expresiones: la presente biografía muestra que no toda violencia política es equiparable entre sí; que es del todo rechazable cuando obedece a fines como la conquista y la colonización, dominación del Estado, sobre la sociedad o restricción de derechos y libertades (tal es el caso de las campañas napoleónicas en España y del subsiguiente absolutismo fernandino en ambas orillas del Atlántico), y que puede ser legítima como respuesta a dichos fines. Es decir, como violencia insurgente, la cual sin embargo, nunca dejará de ser discutible, por el riesgo y el sacrificio que entraña, empezando por el de la vida humana. La conquista de la paz por medios violentos es una paradoja que atenazó a la inteligencia liberal de la época, espantada ante el terror de la revolución francesa y al mismo tiempo unánime a la hora de reconocer sus logros. Una discusión de esta paradoja nos alejaría obviamente de los objetivos de este libro, cuya capacidad para sugerir estas cuestiones es ya muy meritoria.

En cualquier caso, son muy legítimos los fines de Mina, reconocibles en otra faceta de su personalidad como la intelectual, igualmente recogida en el presente estudio. Se trata de una faceta sin duda limitada por la circunstancia de unas y otras guerras, pero imbuida de vitalidad y muy ávida, siempre, ante las enseñanzas de algunos maestros, casuales y al mismo tiempo providenciales, y en ocasiones exquisitos. Tales fueron los ya referidos Carlos de Aréizaga, Víctor Lahorie y Flórez Estrada, con quien Mina solía encontrarse durante su estancia en Londres, empapándose de sus ideas liberales. Y conocemos también su faceta de hombre político, acompañó a su tío Francisco Espoz en una frustrada entrevista con Fernando VII, conspiró en Francia con unos y con otros, ocupó un lugar distinguido en las célebres cenas de la "Holland House", captó la atención de Bolívar y negoció con militares y comerciantes, políticos y embajadores, clérigos e intelectuales.

Pero hay una faceta que sin duda sobresale por encima de las demás, impregnándolas al mismo tiempo de sentido, la cual no es otra que la del utopista marginal. Y es la presencia constante de este rasgo primordial la que a mi juicio hace de este libro algo más que un ejercicio —por lo demás riguroso— de historiografía. El presente estudio no sólo rescata la biografía de una personalidad insuficientemente conocida en México y casi desconocida en España, queda fielmente inserta en el pasado en que transcurrió, sino que además deja hablar a una voz del margen que ha sido acallada por el ruido de los vencedores, tanto los de su época como los que después han venido a construir y legitimar la historia, y portadora, por tanto, de una singular fuerza interpeladora. Ortuño logró así, una loable reconciliación —aparentemente obvia y tan atormentada, en realidad— entre historiografía y memoria; entre la reconstrucción objetiva de unos determinados episodios dentro de un pasado cerrado y el desahogo interpelador de tantas esperanzas frustradas y por eso mismo latentes

bajo la superficie de esos mismos episodios. Bajo la objetividad del pasado asoma, entonces, una subjetividad irreductible que, enredada en los márgenes de la historia, pugna por hacerse presente. Como el título del libro sugiere, Mina concibió y ejerció la libertad en términos de negatividad, desde una vocación de límite y como una tarea siempre inacabada y abocada, por tanto, al desarraigo y a la experiencia fronteriza; no como una caprichosa voluntad de transgresión, sino como toda una respuesta a los reduccionismos y las exclusiones de la libertad instituida en los regímenes triunfantes, transformada en orden y dominio. No olvidemos que por esos mismos años, Hegel asumía el peso de la razón ilustrada en toda su ambigüedad, como proyecto universalista emancipador, pero también como una mitología demoleadora del progreso que acaba por definir los fines del hombre en términos instrumentales, por identificar la historia de los vencedores con la historia misma y por constreñir dicho universalismo dentro de los límites de la hegemónica cultura cristiano-germánica. La concepción hegeliana de la libertad, como progresiva realización de la razón en la historia, sentará así las bases del totalitarismo contemporáneo, tal y como sobradamente han mostrado los pensadores de la teoría crítica.

Bien distante de esta lógica de dominación es la mentalidad de Mina. Sería sin duda un exceso ubicarle en una suerte de ilustración alternativa, pero sus cartas y proclamas dejan entrever, aun de una manera espontánea y un tanto ingenua, condicionada además, por esa controvertida militancia guerrillera a la que antes nos referíamos, una singular filantropía que, con gran frescura, antepone los derechos universales del hombre al interés patriótico o a la razón dominadora. Buena muestra de ellos son las proclamas redactadas en agosto de 1816 y en abril de 1817.

Pero este utopismo del margen no se agota, para terminar, en los itinerarios de Mina. En realidad, el testimonio y la obra de este liberal maldito no es más que un fragmento —y no un epi-

sodio cerrado— de una totalidad, una imagen en la que se hacen simultáneamente presentes otras muchas imágenes de esa España vencida y desarraigada, diseminada en los márgenes de su historia y aun escasamente conocida. La lectura de este libro invita así a pensar, no ya en ese tópico de las dos Españas que precisamente comienza a fraguarse en el horizonte de las guerras de independencia, sino también en toda una tradición de herejías, disidencias y exilios que, por apuntar algunas referencias significativas, bien podría extenderse desde la expulsión de los judíos en 1492 hasta el reciente exilio republicano de 1939. Entre tanto, críticos de la conquista y de la colonia, precursores de las revoluciones de independencia, liberales malditos y exiliados de la primera República, entre otras muchas figuras del desarraigo, configurarían, si no una ilustración alternativa, sí un hispanismo crítico y heterodoxo, distante tanto del racionalismo eurocentrista como del hispanismo tradicionalista y mayormente comprometido, en muchos casos, con la significación de América en términos de destino regenerador de maltrechas ilustraciones europeas y de semilla de la universalidad aún pendiente. Baste recordar, por poner sólo algunos ejemplos cercanos, la reflexión a este respecto de no pocos exiliados de 1939 en México —la del ensayista Juan Larrea es un caso paradigmático—, entre los que circula el ya tópico del “redescubrimiento” de América. Quizá algunos precedentes de este tópico puedan rastrearse en las últimas proclamas de Mina, especialmente en la de octubre de 1817, verdadero testamento político-ideológico firmado sólo unos días antes de su fusilamiento.

Manuel Ortuño, profesor en excedencia de la UNAM y de la Universidad Iberoamericana, e integrante de esa “segunda emigración política” que entre 1960-1977 se significara en diversos lugares de Europa y América, deja entrever una discreta complicidad con el utopismo de Mina y, en definitiva, con la tradición de heterodoxias en la que éste se inserta. Complicidad en la que

el lector podrá involucrarse a medida que vaya adentrándose en esta documentada biografía, acudiendo así a esa cita secreta que, como dijera un pensador del desarraigo tan emblemático como Walter Benjamin, perdura siempre, pendiente de cumplirse, entre las generaciones que fueron y la nuestra.

Antolín C. Sánchez Cuervo

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS y RAÚL FIGUEROA ESQUER (coords.), *México y España en el siglo XIX. Diplomacia, relaciones triangulares e imaginarios nacionales*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 2003, 309 pp. ISBN 970-703-219-7

Si hubiera que seleccionar un Estado representativo en las relaciones entre España y los Estados iberoamericanos en el período contemporáneo, elegiría sin ninguna duda a México. No sólo por el valor simbólico y representativo que tuvo el proceso de su independencia de la monarquía española, sino también por ser el primero con el que se firmó un tratado de reconocimiento y amistad; con el que hemos tenido relaciones más oscilantes de la amistad a la tensión; con el que rompimos relaciones desde la guerra civil hasta 1977, y reconoció como único representante del pueblo español al gobierno de la República en el exilio; con el que impulsamos la creación de la Comunidad Iberoamericana de Naciones y así podríamos seguir indicando acontecimientos clave de una historia común.

Poco a poco los historiadores de ambos lados del Atlántico nos ocupamos de acercarnos a esta atractiva realidad, replan-